

mía. Había apagado la luz y me hallaba mirando al aire, cuando se armó una marimorena en la habitación contigua. Has de saber que ambos cuartos se comunican por una puerta que hoy está condenada. Las voces decayeron y la paz parecía haberse restablecido; mas llegaron á mí rumores tan singulares, que, á fe mía, fuí á pegar un ojo contra una rendija de la puerta... No, no podrás adivinar en tu vida...

Y se detuvo, como con espantados ojos, para gozar del efecto que se proponía producir.

—Pues bien, eran dos, un joven de veinticinco años, bastante guapo, y un viejo que debería de haber pasado de los cincuenta, pequeño, delgaducho, enfermizo... Los buenos sujetos estaban examinando pistolas, puñales, espadas, toda especie de armas nuevas, cuyo acero resplandecía... Hablaban en una jerga que les era peculiar, que no entendí en un principio... pero, al oír ciertas palabras, conocí que hablaban en italiano. Ya sabes que he viajado por Italia, para el negocio de pastas. Entonces, apliqué el oído y comprendí, caro amigo... Se trata de unos caballeros que han venido á París para asesinar al emperador. ¿Qué te parece?

Y se cruzó de brazos, estrechando el bastón contra el pecho, mientras repetía una y otra vez:

—¡Eh! ¿no es de lo más peregrino?...

Aquél era el asunto que Gilquin encontraba chocante. Rougón se encogió de hombros; veinte veces se le habían denunciado conspiraciones; pero

el antiguo viajante de comercio daba detalles precisos.

—Tú me tienes dicho que venga á repetirme los cuentos y chismes del barrio; y yo, por mi parte, deseo prestarte buenos servicios, contándotelo todo, ¿no es así? Haces mal en menear la cabeza... ¿Crees que si hubiese ido á la prefectura, no se me habría largado una buena propina? Pero aquí no hay más sino que prefiero que se aproveche un amigo. ¿Entiendes bien? ¡la cosa es seria! Ve á contarla al emperador, y ten por seguro que te dará un abrazo ¡voto á Cribas!

Hacía tres días que venía atisbando á aquellos lindos caballeros, como él los llamaba. Durante el día iban allí dos más, uno joven y otro de edad madura, bellísimo, de rostro pálido y de cabellos negros, que parecía ser el jefe. Toda aquella gente entraba allí como molida de cansancio, y discutía con palabras de doble sentido, y con brevedad. El día anterior, habíales visto cargar «maquinitas» de hierro, que, en su sentir, tenía por bombas. Había hecho que Eulalia le diese la llave, y se quedaba en la habitación las horas muertas, descalzo, y con el oído atento. Y, desde las nueve en adelante, por la noche, componíaselas de manera para que Eulalia roncara, á fin de que tranquilizara á los vecinos. A su modo de ver, no había para qué mezclar á las mujeres en los asuntos políticos.

A medida que Gilquin hablaba, Rougón se ponía serio. Empezaba á creer. Bajo la ligera embriaguez del antiguo viajante de comercio, en me-

dio de los extravagantes detalles con que interrumpía la narración, sentía desprenderse una verdad que alucinaba. Ahora, toda su ansiosa curiosidad de durante el día, le impresionaba cual un presentimiento. Y volvió á sentirse pasto de aquel temblor interno que le embargaba desde por la mañana, de una emoción involuntaria de hombre fuerte, cuya suerte se va á jugar á una carta.

—Imbéciles, que á estas horas deben de tener toda la prefectura en su persecución—dijo entre dientes, fingiendo grande indiferencia.

Gilquin se echó á reír, y mascullaba entre dientes:

—En ese caso, muy santamente obraría la policía obrando antes y con antes.

Y se calló, aunque sin dejar de reír y dando un cariñoso golpecito á su sombrero. El grande hombre comprendió que aún no lo había dicho todo; miró-le fijamente, pero el otro abría la puerta, reponiendo:

—Bueno, ya estás prevenido... Yo ahora, caro amigo, me voy á comer; aquí en donde me ves, aún estoy *per istam*. Toda la tarde ando en acecho de mis individuos, ¡ya tengo una gazuza!...

Rougón le detuvo, ofreciéndole hacerle servir un bocado de carne fiambre; y en seguida dió orden para que le pusiesen un cubierto en el comedor. Gilquin pareció enternecidísimo; cerró la puerta del gabinete y bajó la voz, para que el criado no oyese.

—Eres un buen muchacho... Atiende bien; no quiero engañarte. Si me hubieses recibido mal, habría ido á la prefectura... Pero ahora vas á saberlo todo. Esto es honradez, ¿estamos? Espero que

te acordarás del favor que voy á haberte. Por más que se diga, los amigos son siempre amigos.

Y entonces se inclinó y agregó con voz semejante á un silbido:

—Se trata de mañana por la noche... Piensan limpiar á «Badinguet» (1) delante de la Opera, á su entrada, en el teatro. El coche, los edecanes, los papanatas, todo quedará barrido sin decir oste ni moste.

En tanto que Gilquin se sentaba á la mesa, Rougón permanecía en medio de su gabinete, inmóvil, con la faz terrosa... Reflexionaba y poníase á titubear. Por último, sentóse al bufete y tomó una hoja de papel, pero la apartó de sí en seguida. Por un instante, pareció querer dirigirse de prisa y corriendo á la puerta, como á punto de dar una orden; pero volvió lentamente, para absorberse de nuevo en una idea que le ensombrecía el semblante.

En aquel momento, delante de la chimenea, el sillón de gran respaldo tuvo un brusco movimiento, y Du Poizat se levantó, doblando un periódico, con ademán tranquilo.

—¡Cómo! ¡estaba usted ahí!—dijo Rougón bruscamente.

—Claro está, me hallaba leyendo los periódicos—contestó el antiguo subprefecto, con aquella sonrisa que dejaba ver sus blancos y mal colocados dientes.

—Bien lo sabía usted, puesto que me vió entrar.

(1) Apodo que daban á Napoleón III

Aquella descarada mentira abrevió toda discusión. Los dos se miraron durante unos segundos, guardando silencio. Y como Rougón, en medio de una gran perplejidad, pareciese consultarle, acercándose por segunda vez á su bufete, Du Poizat dejó ver un ligero mohín, que significaba por modo evidente: «Hay que esperar, no hay prisa, conviene ver». Ni una palabra se cruzó entre ambos. Y volviéronse al salón.

Aquella noche, tan envenenada reyerta había estallado entre el coronel y el señor Bouchard, á propósito de los príncipes de Orleans y del conde de Chambord, que acabaron por arrojar las cartas, jurando que no volverían á jugar juntos. Habíanse sentado á ambos lados de la chimenea, con los ojos preñados de amenazas. Cuando entró Rougón se reconciliaban, poniéndolo en las mismísimas nubes,

—¡Oh! á mí no me duelen prendas, se lo digo en su propia cara—prosiguió el coronel.—En los tiempos que alcanzamos, no hay hombre alguno que calce los puntos que él.

—Estamos cortándole á usted un sayo, ¿lo oye usted?—repuso el señor Bouchard con astucia.

Y la conversación siguió su curso.

—Una inteligencia que no tiene rival.

—Un hombre de acción que tiene el golpe de vista de los conquistadores.

—¡Ah! ¡Y cuánto necesitaríamos que se ocupase un poquito de nuestros negocios!

—Sí, sí, el lodazal no revestiría tan grandes proporciones. El es el único que puede salvar al imperio.

Rougón encogía sus hercúleos hombros, aparentando una áspera actitud, por pura modestia. Aquel incensarle en pleno rostro, fuerza es decir que le era sumamente agradable. Nunca se sentía su vanidad tan deliciosamente lisonjeada, como cuando el coronel y el señor Bouchard, durante veladas enteras, se enviaban uno á otro tales frases admirativas. Su estupidez se ponía de manifiesto y sus rostros se revestían de expresiones gravemente grotescas; y cuanto más vulgares les consideraba, más se regocijaba con sus monótonas voces, que le enaltecían sin fundamento y por modo interminable. Con frecuencia lo echaba á broma, cuando ninguno de ambos primos se hallaban allí; mas no por eso daba menos satisfacción á sus apetitos de orgullo y de dominio. Era aquello como un muladar de elogios, extenso lo suficiente para que pudiese revolver en él con toda comodidad su aventajado cuerpo.

—No, no, yo no soy más que un pobre hombre—dijo moviendo á un lado y á otro la cabeza.—¡Ah! á ser en realidad tan fuerte como ustedes creen...

Y no dijo más. Habíase sentado delante de la mesa de juego, y maquinalmente iba haciendo uno de los suyos, lo que no le acontecía sino rarísima vez. El señor Bouchard y el coronel no cejaban en sus alabanzas; declarábanle gran orador, gran administrador, gran hacendista, gran político. Du Poizat, que permanecía en pie, asentía con la cabeza. Y dijo, por último, sin mirar á Rougón, como si no hubiese estado allí:

—¡Dios mío! bastaría un acontecimiento... El em-

perador está muy bien dispuesto en favor de Rougón. Que mañana estalle una catástrofe, que sienta la necesidad de un brazo enérgico, y al siguiente día Rougón es ministro... ¡Dios mío! sí.

El gran hombre alzó con lentitud los ojos. Dejóse retrepar en el fondo de su sillón, sin dar fin á su juego, con el rostro nuevamente sombrío. Pero en su cavilación, las aduladoras é incansables voces del coronel y del señor Bouchard parecían hacerle é impulsarle á alguna resolución, ante la cual vacilaba todavía. Terminaba por sonreírse, cuando el joven Augusto, que acababa de dar fin á la *réussite* interrumpida, exclamó:

—Me ha resultado bien, señor Rougón.

—¡Pardiez!—dijo Du Poizat, repitiendo la frase habitual del gran hombre.—¡Eso resulta bien siempre!

En aquel instante, un criado entró para decir á Rougón que un caballero y una dama preguntaban por él; y puso en sus manos una tarjeta, que le hizo lanzar un ligero grito.

—¡Cómo! están en París.

Eran el marqués y la marquesa d'Escorailles, y Rougón se apresuró á recibirlos en su gabinete. Pidieron mil perdones por haber llegado tan tarde. Luego, en su conversación, dieron á entender que se encontraban en París hacía dos días, mas el temor de ver que se interpretara mal su visita á un personaje en perspectiva de ser gobierno, les había hecho posponer aquella á la hora intempestiva en que se presentaban. Esta explicación no ofendió en modo alguno á Rougón. La presencia del marqués y

de la marquesa en su casa constituía para él un honor inesperado. El emperador en persona que hubiese llamado á su puerta, no le habría producido satisfacción de vanidad menos grande. Llegando aquellos ancianos en calidad de solicitantes, era todo Plassans quien le rendía homenaje, el Plassans aristocrático, frío, entonado, del cual, desde el fondo de su juventud, había conservado una idea de Olimpo inaccesible; y satisfacía también un ensueño de antigua ambición, sentíase vengado de los desdenes de su antigua ciudad, cuando por allí arrastraba sus zapatos destalonados de abogado de secano.

—No hemos encontrado á Julio—dijo la marquesa.—Nos proponíamos tener el placer de sorprenderle... A lo que parece, ha tenido que ir á Orleans, para un asunto.

Rougón no sabía una palabra de la ausencia del joven. Pero comprendió, recordando que la tía con quien se encontraba la señora de Bouchard, residía en Orleans. Y excusó á Julio, y hasta explicó el grave asunto, un trabajo sobre cuestión de abuso de autoridad, que había hecho necesario su viaje. Dijo que le tenía por muchacho inteligente, cuya carrera sería brillante.

—Necesita adelantar—dijo el marqués, sin aludir con esto á la ruina de la familia.—Nos hemos separado de él con el corazón desgarrado.

Y, con toda discreción, tanto el padre como la madre, deploraron las exigencias de nuestra abominable época, que impiden que los hijos crezcan en la religión de sus padres. Ellos no habían puesto los

pies en París, desde la caída de Carlos X. Y con seguridad no habrían vuelto, á no tratarse del porvenir de Julio. Desde que aquel querido niño, siguiendo sus secretos consejos, servía al imperio, hacían ante el mundo como que renegaban de él, pero la verdad era que trabajaban sorda y continuamente para que adelantara en su carrera.

—Con usted no tenemos por qué andar con tapujos, señor Rougón—repuso el marqués en tono de seductora familiaridad.—Queremos á nuestro hijo, y esto no puede ser ni más natural ni más justo. ¡Oh! usted ha hecho mucho y se lo agradecemos en el alma. Mas es necesario que continúe usted por el mismo camino; somos amigos y compatriotas, ¿no es así?

Rougón, muy conmovido, se inclinaba. La actitud humilde de aquel par de ancianos, á quienes tan majestuosos había conocido, cuando los domingos se dirigían á la iglesia de San Marcos, le parecía como un engrandecimiento de su propia persona. Así fué que les hizo promesas formales.

Cuando se retiraron, tras de veinte minutos de íntima conversación, la marquesa le cogió una mano, que mantuvo unos instantes en la suya, diciendo muy bajito:

—Conque quedamos de acuerdo, querido señor Rougón. Hemos venido exprofeso de Plassans. ¡Qué quiere usted! Nos impacientábamos... á nuestra edad... Ahora nos volveremos contentísimos... Se nos decía que usted no podía ya nada.

Rougón se sonrió. Y pronunció las siguientes pa-

labras, con decisión que parecía responder en él á secretos pensamientos:

—Se puede lo que se quiere... Cuenten ustedes conmigo.

Sin embargo, cuando ya no se encontraron allí, la sombra de una pena volvió á nublarle el semblante. Parábase en medio de la antesala, cuando reparó, respetuosamente en pie, en un rincón, á un individuo bien trajeado, que daba vueltas entre sus dedos á un pequeño sombrero de fieltro.

—¿Qué se le ofrece á usted?—preguntóle en tono brusco.

El individuo, de aventajada estatura y muy robusto, murmuró bajando los ojos:

—¿El señor no me conoce?

Y como Rougón, ásperamente, dijese que no:

—Soy Merle, el antiguo ujier del señor en el Consejo de Estado.

Rougón se suavizó un poco.

—¡Ah! muy bien. Ahora lleva usted toda la barba... Y bien, ¿qué es lo que usted desea?

Entonces, Merle se explicó con los cortesés ademanes de hombre bien educado. Por la tarde se había encontrado con madama Correur, y era ella quien le había aconsejado que fuese á ver al señor aquella noche misma; á no ser así, nunca se habría permitido ir á molestar al señor en hora tan inoportuna.

—Madama Correur es harto bondadosa—replicó una y otra vez.

Por último, dijo que se encontraba sin empleo. Si llevaba toda la barba, era porque había dejado el

Consejo de Estado hacía unos seis meses. Y cuando Rougón le interrogó sobre el motivo de su despedida, no confesó que se le hubiese puesto en la calle por su mala conducta. Mordióse los labios, y dijo con discreción:

—Les constaba que yo era adicto al señor. Desde su partida se me jugaba toda clase de triquiñuelas, porque no he sabido jamás ocultar mis sentimientos... Un día estuvo en un tris que no alumbrase un bofetón á un colega que decía cosas inconvenientes... Y me dieron el pasaporte.

Rougón le miraba con fijeza.

—¿Es decir, que por causa mía se encuentra usted en la calle?...

Merle se sonrió ligeramente.

—Y le debo á usted un empleo, ¿no es eso? Fuerza será que le meta á usted en alguna parte.

Volvió á sonreír, y dijo sencillamente:

—El señor sería muy bondadoso.

Reinó un breve silencio. Rougón golpeaba ligeramente una mano con la otra, con movimiento maquinal y nervioso. Y se echó á reír, resuelto y aligerado de un peso. Tenía sobradas deudas y quería pagarlas todas.

—Pensaré en usted, tendrá usted su empleo. Ha hecho usted bien en venir, amigo mío.

Y le acompañó á la puerta. Entonces ya no vacilaba. Entró en el comedor, en donde Gilquin daba fin á un pote de dulce, después de haberse comido un pedazo de pastel, un muslo de pollo y patatas frías. Du Poizat, que había ido á unirse á él, habla-

ba á horcajadas en una silla. Hablaban con toda crudeza de las mujeres y del modo de hacerse amar. Gilquin no se había quitado el sombrero; se retrepaba y se contoneaba en la silla, con su mondadientes en la boca, para darse el debido tono.

—Vaya, me largo—dijo trasegando un vaso hasta los bordes, con un castañeteo de lengua.—Me voy á la calle de Montmartre, para saber qué ha sido de mis pajaritos.

Pero Rougón, que parecía muy alegre, se le vino con bromas. ¿Acaso creía aún en su historia de conspiradores, ahora que había hecho por la vida? Du Poizat fingía también la mayor incredulidad. Quedó citado para el día siguiente con Gilquin, á quien debía un almuerzo, según decía. Gilquin, con su bastón bajo el brazo, repetía, en cuanto le era posible meter baza:

—Entonces, usted no va á prevenir...

—¡Ah, sí!—concluyó por contestar Rougón.—Se me reirán en las barbas, y pare usted de contar... No hay prisa ninguna. Mañana por la mañana.

El antiguo viajante de comercio, tenía ya cogido el pomo de la puerta. Y volvióse riendo á más y mejor.

—Ya lo sabe usted—dijo,—pueden hacer saltar á «Badinguet»; á mí me tiene sin cuidado. ¡Sería de lo más chistoso!

—¡Oh!—repuso el gran hombre con semblante convencido, casi religioso.—¡El emperador nada teme, aun cuando el cuento no fuese una patraña!

Esos golpes no resultan jamás... Existe una Providencia.

Aquella fué la última palabra pronunciada. Du Poizat se fué con Gilquin, á quien tuteaba amistosamente. Y cuando una hora más tarde, á las diez y media, Rougón dió un apretón de manos al señor Bouchard y al coronel, que se iban, estiró los brazos y bostezó, como á veces hacía, diciendo:

—Estoy derrengado. Esta noche voy á dormir á pierna suelta.

Al día siguiente por la noche, tres bombas estallaron bajo el carruaje del emperador, delante del teatro de la Opera. Un espantoso pánico se apoderó de la multitud amontonada en la calle de Le Peletier. Más de cincuenta personas habían sido heridas. Una mujer con vestido de seda azul, muerta en el acto, impedía el paso por el arroyo. Dos soldados agonizaban en el pavimento. Un edecán, herido en la nuca, dejaba en pos de sí gotas de sangre. Y á la fulgurante luz del gas, en medio de la humareda, el emperador, apeándose sano y salvo del coche acribillado de proyectiles, saludaba á la gente. Tan sólo su sombrero resultó agujereado con un casco de bomba.

Rougón había pasado el día tranquilamente en su casa. Por la mañana, sin embargo, sintióse un tanto agitado, y, en dos ocasiones, había manifestado deseo de salir. Pero, al terminar el almuerzo, Clorinda se presentó. Entonces se entretuvo hablando con ella, en su gabinete, hasta la noche. Llegaba para consultarle sobre un asunto compli-

cado; mostrábase desalentada, porque nada le ofrecía un resultado positivo, según decía. Rougón entonces la consoló, muy conmovido por su tristeza, demostrándole grande esperanza y dándole á entender que todo iba á cambiar. No ignoraba la abnegación y propaganda de sus amigos; recompensaría hasta á los más humildes de ellos. Cuando Clorinda se despidió, la besó en la frente. Después de haber comido, sintió un irresistible deseo de andar. Salió y tomó el camino más directo para llegar á los muelles, falto de respiración y buscando el puro aire del río. Aquella noche de invierno aparecía muy benigna, con cielo nebuloso y bajo, que parecía pesar sobre la ciudad, en un oscuro silencio. A lo lejos, el mugido de las grandes vías se iba extinguiendo. Andaba por las desiertas aceras, con paso igual, siempre adelante y rozando con su gabán la piedra de las paredes; las luces, que se prolongaban hasta lo infinito, en la profundidad de las tinieblas, semejantes á estrellas que marcaran los límites de un cielo apagado, producíanle una dilatada sensación, inmensa, de aquellas plazas y de aquellas calles, cuyas casas no veía ya; y á medida que adelantaba, encontraba á París más grande, más proporcionado á su talla, con aire suficiente para su pecho. El agua color de tinta, ondulada de escamas de oro, brindaba con una respiración inmensa y suave de coloso adormecido, que acompañaba la enormidad de sus imaginaciones. Al llegar frente á frente del palacio de Justicia, un reloj dió las nueve. Sintió un estremecimiento, volvióse y prestó atención; pa-

recíale oír pasar sobre las techumbres un repentino pánico, lejanos ruidos de explosiones, gritos de espanto. De repente, parecióle París sumido en el estupor de algún horrible crimen. E hizo memoria entonces de aquella tarde de junio, de aquella tarde diáfana y esplendente del bautizo, con las campanas repicando en el tibio sol, con los muelles henchidos de apiñada muchedumbre, toda aquella gloria del imperio en su apogeo, bajo la cual había-se sentido por un instante aplastado, hasta el punto de abrigar celos del emperador. Mas ahora llegaba la ocasión del desquite; un cielo sin luna, la ciudad aterrorizada y muda, los malecones sin un alma, atravesados por un escalofrío que azoraba las luces de gas, algo de siniestro emboscado en el fondo de la noche. Rougón, dilatado el pecho con largas aspiraciones, amaba á aquel París madriguera de ladrones, en cuya terrorífica lobreguez recogía el poder supremo.

Diez días después, Rougón reemplazó en el ministerio del Interior al señor de Marsy, quien fué nombrado presidente del Cuerpo legislativo.

Fin del tomo I

